



CAPITULO V.

Nubes y relámpagos.

TODAS las apariencias hacían creer en los pocos países extranjeros que fijaban su atención en la República Mexicana, así como á las personas que se estaban engullendo los millones que había producido la venta ignominiosa de la Mesilla, que el gobierno de Santa-Anna era el mejor de los gobiernos. Los pocos periódicos que se publicaban, porque la prensa estaba completamente amordazada, entonaban constantemente un coro de alabanzas al Dictador: decían que era magnánimo, que era generoso, que era noble, que era humano, que era inteligente, que era previsor, que era honrado, que tenía el conocimiento íntimo de los hombres capaces á los cuales sabía elegir para el desempeño de los cargos públicos, que era modesto en medio de su grandeza, que era hábil gobernante, que sabía hacerse querer y respetar, que era, en

suma, el único mexicano digno y competente para dirigir la nave del Estado. Los comandantes militares, que eran á la vez los gobernadores de los Departamentos, obedecían sus órdenes ciegamente desde los lugares más lejanos, no obstante que no había telégrafos ni ferrocarriles, ni puestos militares estratégicos para tenerlos en un puño y sólo porque de la nada los había elevado y los había hecho suyos. El ejército formado y atendido por él especialmente, por más que siempre hubiera sido el de los pronunciamientos que habían derribado una tras otra las administraciones, en esta vez era su principal sostén, porque lo mandaban sus generales más adictos, á quienes el mismo Dictador había dado las insignias del mando, de modo que contaba para ser defendido á todo trance en cualquiera emergencia con más de cuarenta mil bayonetas. El clero, que tenía bajo aquel régimen todas sus preeminencias, todas sus ambiciones satisfechas, todo su poder y toda su influencia, así como el goce pleno de sus tesoros acumulados en varios siglos, manifestaba su contento por medio de sus estrepitosas fiestas eclesiásticas. Los ricos, y principalmente las familias que se creían de elevada alcurnia, con sangre azul en las venas y con pergaminos de nobleza en sus armarios, se complacían con la etiqueta aristocrática que se había introducido en el palacio de los Presidentes, y se disputaban el honor de concurrir á las recepciones y saraos que allí se daban con cualquier motivo. El comercio, aunque pagara fuertes contribuciones, se daba por muy satisfecho con que no hubiera asonadas ni préstamos forzosos. Los mineros y los agricultores se dedicaban á sus faenas tranquilamente, pensando en que tal vez una dictadura que parecía tener el brazo de hierro, aseguraría por muchos años la paz, aunque fuera una paz

oprobiosa, dándolo todo por bien empleado por tal de que los dejaran trabajar y recoger el fruto de sus propiedades. Los partidos políticos parecían haberse fundido en el solo partido del poder, al cual rodeaban los liberales tímidos llamados moderados, los conservadores y monarquistas, los clericales, y especialmente los personalistas, formando todos juntos lo que se llamaba el poderoso partido santanista. La masa del pueblo, á lo menos en algunas capitales, parecía contemplar lo que sucedía con la mayor indiferencia: todos sentían el peso enorme de los impuestos; todos sabían que el gobierno estaba cometiendo iniquidades; á todos constaba que se derrochaba el dinero de la Nación en enriquecer á los favoritos, en obras de vanidad y de lujo; todos miraban que el despotismo y la opresión y la tiranía que se ejercían en el centro, eran espantosos; todos experimentaban también la insolencia y la maldad de los lugar-tenientes que les imponía el Dictador; no había quien no maldijera para sus adentros aquella situación de vilipendios, en que sólo sacaban grandes ventajas unos cuantos; pero como estaba prohibido hablar y quejarse, como se le tenía miedo al espionaje, como el destierro, la prisión y la muerte se seguían inmediatamente á cualquiera manifestación de descontento, todas las gentes sufrían con resignación aquel yugo inicuo y guardaban silencio ante todas las injusticias y ante todas las iniquidades. Y así los padres no tenían confianza á los hijos, los hermanos á los hermanos, ni los esposos á sus mujeres para decirles lo que sentían, temiendo que el rumor de sus quejas llegara á los oídos del tirano y les cayera el castigo como llovido del cielo. Frecuentemente se ignoró de dónde partían algunas delaciones secretas, que sólo se adivinaban por los resultados, cuando algunos

eran conducidos á las prisiones sin que nunca se les hiciera saber su delito. Así es que todos callaban, y si acaso se quejaban era derramando lágrimas en silencio. Como en los tiempos de Calígula y de Nerón, en Roma, nadie sabía á qué horas le llegaba su turno de ser llevado por los esbirros al cuartel y de allí á los calabozos ó á la deportación.

Solamente los que vivían en las montañas ó en algunos pueblos aislados, á donde no llegaban el delator ni el esbirro, podía hablarse con cierta libertad, y allí sí se decían unos á otros: ¿será posible que la raza mexicana que siempre ha sido tan amiga de la vida libre, de sus fueros republicanos y de mantener incólumes sus derechos, esté hoy tan envilecida que soporte con calma la odiosa dictadura que se ha entronizado en la Capital? ¿qué se han hecho los bríos de todos aquellos hombres que tiraron el guante al inmenso poder español, que tanto combatieron primero por su independencia y luego por su libertad, dando muestras de un valor nunca desmentido? ¿En dónde están los brazos que tantas veces desafiaron el peligro y la muerte luchando con tesón porque la nación mexicana fuera una República independiente y libre? ¿Qué cobardía es la que tiene á todos amilanados, á todos sobrecojidos de terror, á todos de rodillas ante un déspota á quien pueden deshacer con el soplo de la voluntad común? ¿Qué diabólico dominio es el que tiene el general Santa-Anna sobre todos sus gobernados, que los hace temblar ante él de miedo, humillarse á sus plantas y lo alaban como si fuera una divinidad? ¿Qué magia es la que lo rodea, que hace que una nación entera esté prosternada á sus piés como si fuera compuesta de mandrias?

Y estas terribles exclamaciones fueron repercutien-

do de montaña en montaña y formando nubecillas que, á fuerza de ser muchas se hicieron densas, apareciendo más visibles y más amenazadoras que en ninguna otra parte, en el Sur de la República, donde tenía el mando supremo uno de los patriarcas de la independencia que no se había encanallado ni con el roce, con el contacto y la comunicación constante en que había estado con los corifeos del despotismo. El general don Juan Alvarez siguió manteniendo bien escondido en su hacienda de la Providencia el fuego de la libertad, y era uno de los pocos que se atrevían en aquel entonces, gracias quizás también á su situación casi independiente, á reprobár, si no en alta voz, al menos en el seno de la familia y de sus amigos, lo que estaba pasando en México.

Estaba reconocido como jefe de los surianos; Santa-Anna y sus consejeros no habían podido, por más que lo habrían deseado, acabar con aquel patriarca de setenta años que tanta sombra les hacía con su vida y ejemplo de republicano austero y sin mancha, y esa jefatura que él conservaba á pesar de los mandarines de la Capital, lo hacía ser visitado en sus posesiones por todos los hombres de más importancia en aquellos lugares: así un día en que el administrador de la aduana de Acapulco, que era un coronel retirado, había ido á tener con él una entrevista con motivo de cualquier asunto oficial ó particular, don Juan Alvarez le había dicho:

—¿Qué noticias hay de México? ¿qué sabe usted de nuevo?

—Siguen á la orden del día las francachelas.

Don Juan Alvarez, que tenía alguna práctica de los hombres y que era malicioso, paró el oído, como suele decirse, y exclamó para sus adentros: «Este es también un

descontento que puede llegar á ser aprovechable.» Luego en voz alta:

—A mí me encargan que vigile á las gentes de la Aduana.

—¡Ah! ¿ya sabe usted, señor general?...

—Sí, ya sé que á usted, señor Comonfort, que es el mexicano más honrado que ha llegado á ocupar un puesto público, lo tachan de ladrón nada menos.

Don Juan era francote, soltó así la palabra, y Comonfort se puso de color de púrpura. Fué necesario que hiciera un esfuerzo sobre sí mismo, que sabía hacerlos, porque tenía el arte de dominarse, para no estallar, y respondió con calma aunque afectada:

—Ya pedí que sometan mis actos á un procedimiento.

—Pues los someterán y lo declararán á usted culpable, porque lo que quieren es perderlo.

—¿A mí? ¿por qué?

—Porque lo suponen adicto á mi persona sabiendo que es usted hombre de bien.

—En efecto: saben ya, según me han comunicado personas de México, que ambos tenemos relaciones de buena amistad; pero lo principal es que ni á mí ni á usted nos quieren las gentes del poder.

—No somos santos de su devoción, y la prueba la tenemos en esos espías que ya con un pretexto, ya con el otro nos están mandando continuamente. Ahora precisamente han pasado por aquí dos individuos que se dicen ingenieros y que no son mas que policías del ministerio de la guerra, los que dizque llevan la misión de examinar los fuertes de Acapulco. Podría jurar que esos ya mandaron

ó van á mandar un correo extraordinario al ministro, haciéndole saber que usted ha venido á la Providencia.

—Esa situación en que estamos es intolerable, señor general.

—Y más lo será ahora que vengan las tropas con la misión de defender el puerto contra un ataque de piratas imaginarios que han de venir de San Francisco, mandados por el conde Rausset de Boulbon.

—Usted dice bien, señor general, esas tropas no vienen contra ningún enemigo, sino contra usted y contra todas las demás personas que al gobierno son desafectas.

—Entre las que nos encontramos nosotros, así como el coronel Villarreal y el general Moreno.

—Pero cuando así se enzañan contra servidores de la Nación que no han dado motivo para que se sospeche de su lealtad, ¿qué es lo que pretenden?

—Que saltemos las trancas.

—No lo crea usted, general, eso no es posible.

—¿Qué es lo que no cree usted posible, señor don Ignacio?

—Que nosotros imaginemos siquiera tirar el guante á un poder tan colosal como el del general Santa-Anna.

—Y en tal caso, si nosotros quisiéramos alzarnos y defendernos, ¿qué nos podrían hacer en nuestras montañas?

—Quizás llevaríamos una vida errante más ó menos larga, pero sin más provecho que el de escapar á las venganzas de los que se han declarado nuestros enemigos.

—Será ya mucho no entregarnos en sus manos como borregos para que nos asesinen; pero ¿cree usted en el fondo de su conciencia que levantándonos todos nadie nos seguiría?

—El país está tranquilo, y las pocas intentonas muy aisladas de algunos departamentos, han sido prontamente reprimidas.

—Y bien, señor coronel, si usted tuviera seguridad de que seríamos secundados en otros lugares, ¿se atrevería?

—A pronunciarme. . . . ¿yo? Es cosa que nunca he hecho.

—Pero ha llegado la hora en que debemos, en que estamos estrechados á hacerlo, si no queremos que nos descuarticen. ¿Ignora usted que ya vienen en camino los encargados de reducirnos á prisión ó tal vez de ejecutar-nos? ¿No sabe usted que somos cuatro las victimas escogidas usted, Villarreal, Moreno y yo?

Comonfort se quedó pensativo, y Alvarez en ese momento, como inspirado, dijo levantándose:

—Voy á presentar á usted una persona que llegó aquí anoche de Oaxaca y que le repetirá los informes que á mí me ha dado.

Diciendo esto se acercó á una puerta, llamó á un ayudante y le dijo algunas palabras. Dos minutos después apareció en la sala un hombrecito vestido de negro, muy trigueño, sin barbas, pero con una mirada que relampagueaba, manifestando en la viveza de sus ojos una inteligencia superior.

—Este caballero es el Lic. don Benito Juárez, que ha ocupado importantes puestos en Oaxaca, perseguido encarnizadamente por aquel gobierno como todos los liberales, y que podrá dar á usted buenas noticias.

Luego agregó don Juan dirigiéndose á Juárez:

—Puede usted hablar delante del coronel Comonfort; es amigo nuestro.

Entonces Juárez, en concisas palabras, dijo cómo había logrado escapar de Oaxaca, en donde se le perseguía de muerte, viniendo á buscar un refugio en las montañas del Sur, donde creía que debería oírse el primer grito de libertad en aquellas circunstancias, principalmente cuando se supiera que del mismo Oaxaca, lo mismo que de México y de Michoacán, tenían que salir, si no habían salido ya, algunas tropas para impedir todo movimiento del Sur, apoderándose de cuantos pudieran iniciarlo.

Aquellos tres hombres prolongaron su interesante conferencia por más de dos horas; el caso es que al separarse Comonfort para regresar á Acapulco, dijo ya con el mayor entusiasmo:

—Quedamos entendidos: Villarreal se pronunciará en Ayutla, yo lo secundaré en Acapulco y que el Dios de las victorias nos proteja.

—Amen, le contestó Alvarez sonriéndose.

Cuando Comonfort estuvo montado á caballo en el patio de la hacienda, estrechó la mano al viejo patriota que le había acompañado, y le dijo muy quedo:

—Conserve usted á su lado á ese indito de Oaxaca; me parece muy inteligente y muy buen liberal.

Alvarez le contestó con un ademán que quería decir: ¡qué me cuenta usted!



CAPITULO VI.

Ayutla.

CUANDO corría el mes de Febrero de 1854, la incógnita estaba descubierta por todas partes. Don Santiago Blanco, general conservador de los más recalcitrantes, había entrado al ministerio de la guerra en lugar de Alcorta y eso tenía muy alta significación: la de que se debería llevar á sangre y fuego cualquiera campaña que tuviera que sostenerse contra los liberales, y la de que éstos serian eliminados, por más tibios que fueran, de las regiones del poder el cual tendría que ser exclusivista hasta su último extremo. Santa-Anna y sus ministros estaban bien enterados de que los hombres del Sur, de que siempre habían tenido recelos, estaban coaligados, habiendo llegado á entenderse, no obstante que el coronel Villarreal, jefe militar de la Costa Chica, había sido un instrumento allí de opresión del mismo gobierno; de que Moreno se había manifes-